

Desde las memorias y los olvidos

*Silvia Radosh Corkidi**

Resumen

Este texto es una reflexión en el sentido más amplio de la palabra: usando la palabra como espejo, la autora presenta su experiencia propia de ser judía, al tiempo que va tejiendo una discusión en primera persona sobre lo que históricamente (le) ha implicado reconocerse como una *otra* con características específicas pero múltiples. La memoria se sucede al olvido en un proceso necesario para construir otra memoria: una que sana cada que olvida.

Palabras clave: memoria, olvido, judaísmo, testimonio, subjetividad.

Abstract

This text is a reflection in the full sense of the word: using the word as a mirror, the author presents her own experience of being jewish, while weaving a discussion in first person about what has historically implied as an *other* with specific but multiple characteristics. Memory transforms into oblivion in a process that is necessary to construct another one: the one that heals everytime that forgets.

Key words: memory, forgetfulness, judaism, testimony, subjectivity.

* Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

Me preguntó si consideraba Auschwitz una metáfora válida, ¿pensaba yo en serio las últimas frases de mi conferencia titulada “El intelectual superfluo”, es decir, seguía en pie, a mi juicio, la posibilidad de elegir entre una sociedad “libre” y una “cerrada”? Le respondí que pensaba en serio lo que había escrito; y que no se puede eliminar de nuestras vidas la conciencia de la infamia, pero que tal hecho no debe incitarnos ni a cometer más infamias, ni a poner bajo sospecha la acción. A estas alturas, sin embargo, ya no me siento seguro de nada. Ni de lo contrario. No estoy en absoluto seguro de mis palabras, puesto que éstas expresan opiniones; las opiniones, a su vez, han de basarse en nuestras vidas, y la mía no puede constituir la base de mi opinión, por el simple hecho de que no es una vida activa, de modo que he vuelto a pisar la pista de patinaje de las opiniones y, claro está, he vuelto a resbalar; además de pronto me he visto como ensayista, y se ha apoderado de mí el miedo a morir de sed en el desierto de la retórica. Influyo en otros y, a todo esto, ni siquiera sé quién soy.

IMRE KERTÉSZ

He caminado por esta vida trabajando mucho, mucho, siempre trabajando, investigando y escribiendo sobre tantas cosas de mi área de investigación (“Subjetividad y procesos sociales”, “Salud mental y subjetividad”, “Los fenómenos inconscientes en los grupos”, etcétera) –casi siempre– y así, he bordeado que no bordado, el gran tema de mi vida, ser judía y el exterminio de los judíos. Utilizo la palabra “exterminio” primero porque lo fue, pero en segundo evitando usar “Holocausto”, que ya Primo Levi advertía de su inadecuación: “[...] El desdichado término holocausto (a menudo con la H mayúscula) surge de esa exigencia inconsciente de justificar la muerte sin causa, de restituir un sentido a lo que no parece tener sentido alguno [...] Disculpe, yo utilizo ese término Holocausto de mala gana, porque no me gusta. Pero lo utilizo para entendernos. Filológicamente es un error” (Levi, 1:191; en Agamben, 2005:27). Nos aclara Agamben que

en realidad es un adjetivo que literalmente significa “plata quemada” y que se fue derivando su uso hacia un contenido sacrificial ofrecido a Dios, lo que finalmente tendría el sentido de un castigo por nuestros pecados, y algo similar lo tiene también la palabra hebrea *shoá*, que significa devastación, catástrofe; también el autor subraya que los eufemismos se utilizan cuando se trata de algo de lo que no se quiere hablar ni oír, y añadimos tampoco decir, pero corregimos, no se quiere y/o no se puede, como es el caso de las situaciones traumáticas que impiden hablar; retomando a Primo Levi: “Me irritan los intentos de algunos extremistas religiosos de interpretar el exterminio a la manera de los profetas. Un castigo por nuestros pecados. ¡No! Esto no lo acepto: el hecho de carecer de todo sentido hace que sea más espantoso” (Levi, 1a:219; en Agamben, 2005). Es así que Agamben concluye: “En consecuencia no lo utilizaremos en ninguna ocasión. Quien continúa aplicándolo da prueba de ignorancia o de insensibilidad (o de una y otra a la vez)” (Agamben, 2005:31).

Como decía anteriormente, este tema lo he rodeado, quizá como me explicaba Marina Lieberman, una de las diferencias entre neurosis y psicosis: *frente al agujero –LO REAL– el neurótico da de vueltas a su alrededor; el psicótico se detiene y se queda pasmado, no puede rodearlo*. Pienso ahora que yo he pululado entre ambas posiciones, a veces lo he bordeado, en otras me he paralizado, enmudecido, por ejemplo, cuando alguien cercano, una amiga, dice “¡El tema del holocausto ya está muy sobado, lo siguen usando, se aprovechan de él!”.¹ Mi reacción

¹ Quizás este escrito va dirigido en parte a aquellas personas –como mi amiga– que critican el que se siga hablando, trabajando, doliendo, el tema del exterminio de los judíos; es muy claro Agamben cuando dice que el problema de las circunstancias históricas (materiales, técnicas, burocráticas, jurídicas) del exterminio judío se han aclarado de forma suficiente pero: “Muy diversa es, sin embargo, la situación por lo que hace al significado ético y político del exterminio, e incluso a la simple comprensión humana de lo acontecido; es decir, en último término de su actualidad. No sólo falta aquí algo que se asemeje a un intento de comprensión global, sino también el sentido y las razones del comportamiento de los verdugos y de las víctimas; muchas veces hasta sus mismas palabras siguen apareciendo como un enigma insondable, reforzando la opinión de los que quisieran que Auschwitz permaneciera incomprensible para siempre” (Agamben, 2005:7-8).

esa vez que, por suerte, no siempre, me enmudecí. ¿Cómo tocar algo así, tan frívolamente?, ¿cómo explicarle a alguien, a algunos, cómo eso duele?, ¿y sigue doliendo tanto que se vuelve algo casi intocable?, ¿después de tantos años?, ¿después de tantos horrores que pareciera que el gobierno de Israel hubiera realizado? Tema del que huyo y casi no quiero leer las noticias porque tampoco eso lo comprendo; en uno de mis múltiples psicoanálisis con Frida Zmud en grupo, hace cuarenta y tantos años, llegué enojada con el gobierno de Israel y Frida, mi analista, que era judía me regañó muchísimo (saliéndose de su lugar de analista lo que le podía suceder con frecuencia pues era muy pasional) diciéndome que debía yo estar feliz de que ellos ahora sí podían defenderse para que ¡nunca más pudiera repetirse un exterminio así!, y le concedí razón, pero no me abrió la cabeza y mi angustia con lo judío no la analicé ni tampoco en mis siguientes análisis, que me cambiaron la vida y logré felicidad y productividad en muchas etapas, pero siempre con *eso* guardado bajo férrea cerradura, porque cualquier rozadura, por pequeña que sea, me estremece, lastima y pareciera que sólo el no tocarlo, evita el dolor. Sin embargo, siempre está ahí, como bien sabemos, lo inconsciente pulsará siempre por salir, además de que más bien está en lo preconscious, más pronto a surgir y me pregunto, ahora, ya cerca de la muerte, ¿cuál fue el acicate? (rara palabra ¿acercarte?). Hace varios años Marina me prestó a Primo Levi y lo leí todo el tiempo horrorizada, lo terminé y lo cerré y creo que no le dije nada... Ni siquiera sé si se lo devolví, porque ahora lo busco y no lo encuentro; Marina me dice, “¡se puede volver a comprar!”. El caso es que leyendo de Vila-Matas, *Kassel no invita a la lógica*, va describiendo los estantes de la feria (Kassel es un Estado de Alemania donde realizan una feria anual de arte divergente) y llega a uno, donde se escuchan gritos horribles, extraños, música también extraña, haciendo una asombrosa descripción del módulo que representa el Holocausto (vale la pena leerlo). Me es difícil expresar cómo me sentí, pero a partir de ahí es que pensé que yo tenía que escribir algo de mi *experiencia*; ¿será por mi cercanía a la muerte?, ¿o para vivir un poco más? o ¿por el delirio de mi hermana Raquel que me hace pensar que debo acelerar mi muerte antes de llegar a estar como ella? Primo Levi logró hablar de su experiencia, logró escribirla, logró testimoniar lo

intestimoniable, “los supervivientes daban testimonio de algo que no puede ser testimoniado (Agamben trata de escuchar esa laguna) una nueva ética escuchar lo no dicho [...] Una de las razones para querer sobrevivir en el campo es convertirse en testigo [...] Primo Levi es un testigo perfecto siempre relata” (Agamben, 2005:10, 13-14). Sin embargo, Primo Levi se suicidó, ¿no alcanzó la sublimación lograda con sus escritos para remediar su dolor? Posiblemente hay experiencias no sublimables, pueden rodearse, sí, pero para el que realmente las vivió, quedan como huellas tal vez imperecederas. Agamben relata que Primo Levi no se sentía “escritor”, sólo químico, le produce malestar que se piense que es escritor, decía: “Después he escrito [...] he adquirido el vicio de escribir [...] En este último libro mío, ‘La llave estrella’, me he despojado completamente de mi calidad de testigo [...] Con esto no reniego de nada: no he dejado de ser un ex deportado, un testigo” (Levi en Agamben, 2005:15). Piensa el autor que podría sentirse culpable por haber sobrevivido, no por haber prestado testimonio: “Estoy en paz conmigo mismo porque he testimoniado” (Agamben, 2005). Quizás sólo se justificaba el estar vivo cumpliendo la función que se había propuesto: testimoniar lo intestimoniable, dando su voz a quienes no la tenían ya: “los musulmanes”.

Empiezo a escribir esto en la lectura de la segunda página de *Lo que queda de Auschwitz* de Giorgio Agamben, y leo en la contraportada que tradujo al italiano a Walter Benjamin, de quien leí *Para una crítica de la violencia*, quedé muy impactada y también acudí a la lectura de “Fuerza de Ley” de Derrida, quien lo trabaja y cuestiona al final qué habría dicho Walter Benjamin frente a la “Solución Final”² y pienso: Ah! Claro, Benjamin era judío, ¿pero también Agamben?, quizás no. Pero ¿este es uno de los temas? o ¿subtemas?, ¿se necesita que alguien sea judío para interesarse por lo judío? Me respondo que no necesariamente, pero tengo una hipersensibilidad a todo lo que se refiere a ese tema... me siento como intocable, o sea, en verdad

² Esto lo trabajé en un artículo “La justicia ¿un sueño?”, en el libro *La reconstrucción de vínculos en el ámbito universitario*. Me percaté que ahí también intenté abordar el tema del presente escrito, pero de manera sesgada, me parece.

es como tener una herida abierta de esas que duelen muchísimo y peor si te tocan “curándote” no puedes soportar el dolor de que la toquen, ¿se entiende? Parece mentira porque yo soy hija de judíos venidos a esta tierra, a este continente desde muy otros lugares, sí, él de Pietrekow, Polonia; mi padre, hombre muy apuesto, muy triste, muy perseguido, atormentado, gritaba por las noches dormido, nos asustábamos mucho; los pocos cuentos que nos hacía –muy pocos– es que eran muy pobres, que el invierno era insoportable, que tenía cinco hermanas y un hermano mayor (de niña todos me parecían bastante trastornados, el tío Moisho, fotógrafo como mi padre me daba miedo, la tía Regina también, la tía Polita terminó ciega y realmente paranoica, no estoy segura, pero creo que la tía Anita... se suicidó, la tía Malke era la más suave, y la tía Gucha fue profesional), comían sólo papas que a la vez servían como carbón, pues las ponían en la chimenea para calentar un poco la casa; él amaba la música, se escuchaba en vivo en los zócalos llenos de árboles (allá en Polonia), es decir llegaba la orquesta y a él le impedían estar cerca por ser judío, tenía que irse lejos para poder seguir escuchando a Chopin por ejemplo; por suerte en México siguió escuchando música, lo que nunca pudo fue volver a comer papas, ¡las odiaba!, también odiaba (no sé si sea el mejor adjetivo pensándolo ahora) la lengua polaca, su lengua era el yidish o yiddish? Ni siquiera sé bien escribirlo, porque no lo hablaba conmigo, tampoco con mi hermana y menos con mi madre que venía nada menos que del Cairo, Egipto, allá nació, hablaba árabe, un poco de francés y al final español con la R gutural, nos daba risa y ella misma se burlaba un poco de sí misma, ¡lo cual fue de mucha ayuda!, nos cantaba una canción que estaba plena de erres: erre con erre cigarro, erre con erre barril, rápido ruedan los carros, la caña de azúcar del ferrocarril. Qué suerte poner este lindo recuerdo en tan tristes historias, me pregunto cómo logró mi madre transmitirnos además de su gran melancolía, también momentos de mucha alegría, algarabía, felicidad, siempre con poesía (que debíamos aprender de memoria y que ahora agradezco enormemente) canciones y música en general. También mi madre era mujer muy guapa, y se pasaba horas pintándose y arreglándose, como después se pasaba horas esculpiendo, pintando al óleo y escribiendo poesía (nos queda un libro de ella, varias pinturas y esculturas). Mi

madre fue autodidacta, realmente creo que nos heredó sus dos partes, la melancolía y la alegría; alegría y melancolía que también contiene la música árabe que mi abuela –su madre– escuchaba todas las tardes en un programa vespertino que solía haber; también ella, mi abuela, tocaba en sus grandes ollas de cocina, los tambores árabes y mi madre bailaba; todo eso lo aprendimos como parte del gusto por la vida. También la riquísima comida árabe que cocinaba mi abuela y que yo por suerte aprendí. Mi abuelo nació en Turquía, un turco muy guapo, de bigotes y muy letrado, delgado, de sombrero, fumando, típico turco y muy amoroso, mi hermana y yo lo adorábamos; él hablaba además de turco, árabe, francés, español antiguo que aprendió por allá y nos enseñó cancioncitas ladinas muy hermosas, las tengo en mi oído y en mi corazón: Dame la mano paloma / Para subir a tu nido / Maldicha que duermes sola / Vengo yo a dormir contigo...

Esta hermosa canción y varias otras... Se decía que en Turquía mi abuelo era bibliotecario, pero ¿cómo fue que en México terminó siendo “abonero”? Al parecer los judíos pobres, o muchos de ellos, a eso se dedicaban, vendían casa por casa, creo que ropa y algunas cosas más y les pagaban en “abonos”; sí recuerdo la libretita de mi abuelito donde todo tenía apuntado; pero ya más crecida me preguntaba ¿por qué un hombre culto no podrá hacer otra cosa? Quedó como un enigma más para mí. Sin embargo él no se quejaba, nos llevaba al cine, al parque, nos consentía; por suerte, pienso ahora, fungió como la figura paterna digamos “buena” o cómo decir, con quien podíamos tener más contacto; uno de mis analistas, Aparicio, me decía: “tu papá era un marciano”, pobre mi padre, un hombre sufriente de su infancia, su historia, la guerra, el ataque a lo judío, el exilio y cuánto más. Hasta ahora me pregunto ¿por qué mi abuelo se fue de Turquía (muy hermoso país, pero al parecer muy “antisemita”)? Mi abuela, que nació en Haifa, ¿qué hacía en el Cairo, Egipto, donde nacieron mi madre y dos de mis tíos?, ¿cómo no sé tantas cosas? De eso no se hablaba, no es que lo haya olvidado –creo– porque recuerdo muchas anécdotas, cuentos del Talmud que hacía mi abuela; pero tal parece, que de lo traumático, como es frecuente, de eso no se habla; es lo real; no se puede simbolizar; no hay significantes; queda un vacío; mis hijos me preguntan; me avergüenza no saber; al parecer me culpo por

no haber “investigado”. ¿Se podía?, ¿o yo sólo me hice cargo de que eso era secreto?, ¿malo?, ¿feo?, ¿sucio?, ¿vergonzante? Yo era una niña con el gran problema de que me ruborizaba. La cara se me ponía roja, rojísima. Y claro, es algo que el otro y todos los otros ven, te miran, les da risa y a mí, mucha vergüenza, pero... ¿de qué? No sé de qué yo tenía tanta vergüenza... Agamben habla de la vergüenza; pero es otro el nivel, en ese caso refiere a la vergüenza de estar vivo en el lugar del otro; vergüenza por haber sobrevivido, “la vergüenza que los alemanes no conocían, la que siente el justo ante la culpa cometida por otro, que le pesa por su propia existencia” (Levi, 4:12; Agamben 2005:92). No sé, yo vine a ocupar el lugar de un hermano que nació vivo a los nueve meses y falleció en el hospital, hermano hombre, muy esperado por mis padres, la mayor era mujer (mi hermana Raquel), así que ya querían tener un hijo varón... lo tienen y se muere! Me relata mi madre que después se embarazó de mí y que había “peligro de abortarme”, así que se pasó los nueve meses de mi gestación, en cama... No sé cómo, pero eso me daba mucha culpa. Podemos encontrar alianzas, puentes entre las experiencias singulares y colectivas; por ejemplo lo que Bettelheim relata de la culpa:

El verdadero problema [...] es la irresoluble contradicción de la condición existencial del que ha sobrevivido, porque mientras en tanto que ser de razón, sabe perfectamente que no es culpable (yo, por ejemplo, con lo que a mí se refiere estoy absolutamente seguro de ello), su humanidad le impone, en el nivel emotivo, sentirse preso de la culpa. No se puede haber sobrevivido a los campos de concentración y no sentirse culpable por haber tenido una suerte tan extraordinaria cuando millones de personas como nosotros han muerto, y no pocas veces ante nuestros propios ojos. En los campos de concentración se estaba obligado a contemplar día tras día, año tras año, la destrucción de los compañeros, con la sensación de que se hubiera podido intervenir, aun a sabiendas de lo poco razonable que hubiera sido hacerlo y, en consecuencia, con un sentimiento de culpa por no haberlo hecho y, sobre todo, por sentirnos contentos cada vez que la muerte no nos tocaba a nosotros (Bettelheim, 1:217; en Agamben, 2005:93).

Ya Freud (1901/1980) nos advertía, me parece que en *Psicopatología de la vida cotidiana*, sobre el único pensamiento que no debía venirnos a la cabeza cuando estábamos frente a un ataúd, pero que era justo el que venía: qué bueno que no soy el que murió; y esto parece irremediable frente a la angustia de muerte; ¿cómo escapar a ella?

Sin embargo Agamben hace un profundo análisis de la vergüenza y piensa que no sólo remite a la “culpa” por haber sobrevivido al otro, a mí me daba vergüenza pensar que me daba vergüenza ser judía. ¿Me daba vergüenza ser judía? En ocasiones, sí, por ejemplo si entraba a una iglesia, ya el sólo entrar y ver la diferencia, yo no me podía hincar (era pecado, decía mi abuela) mucho menos persignar, tampoco rezar; era una gran ajenidad y que me miraran y me acusaran o rechazaran, yo también lo rechazaba; pero no sólo en esas ocasiones; es algo incomprendible; Agamben cita a Levinas: “Es nuestra intimidad, es decir nuestra presencia ante nosotros mismos, lo que es vergonzoso. No revela nada, sino la totalidad de nuestra existencia [...] Lo que la vergüenza descubre es el ser que se descubre” (Agamben, 2005:110). O más estremecedor aún, es lo que cita el autor de Walter Benjamin, acerca de la repugnancia:

Según Benjamin la sensación dominante en la repugnancia es el miedo a ser reconocido por aquello que nos produce asco. “Lo que se estremece de repugnancia en las profundidades del ánimo es la conciencia oscura de que en él habita algo que es tan poco ajeno al animal que nos asquea que éste pueda reconocerlo” [...] Y esto significa que quien se estremece de repugnancia se ha reconocido de alguna manera en objeto de repulsión, y teme a su vez ser reconocido por él. El hombre sacudido por la repugnancia se reconoce en una alteridad inasumible, es decir, se subjetiva en una absoluta desubjetivación (Agamben, 2005:111).

Una vez más, lamento tener que reconocer, como hace varios años decía en un escrito anterior, citando a Guattari (1976) (y al parecer lo había expulsado de mi conciencia) que en todos nosotros habita un deseo fascista que en circunstancias por ejemplo de violencia social, surge fácilmente; quizás se dice fácil; hasta se escribe, pero percartarte y no olvidarlo... cuesta. Asimismo Lacan enfatizaba que si algo en el

otro te sacaba de quicio, es que estabas viendo algo tuyo (sin verlo conscientemente) en él:

Y con todo, repitámoslo, esta imago (motivante) no se revela sino en la medida en que nuestra actitud ofrece al sujeto el *espejo puro* de una superficie sin accidentes [...] La Agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamaremos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades características de su mundo (Lacan, 1980:73) (cursivas mías).

La parte oscura y ominosa de mi entorno familiar, primero empieza por la lengua. En qué podían entenderse (¿entenderse?) mi padre y mi madre, bueno, dialogar, digo, aunque más no sea, hablar: sólo en español; una judía de Egipto y un judío de Polonia, nada que ver, ni la lengua pero tampoco la comida, ni siquiera la música, la cultura en general, incluso los templos estaban divididos (siguen estando me parece), los de los “sefaraditas” mi madre y los “ashkenasitas” mi padre; el tiempo en que seguíamos las costumbres religiosas judías había que ir al templo y prácticamente nunca íbamos al de mi padre, quizá porque la que nos enseñaba religión y costumbres, era la abuela sefaradita. Muy poco o nada se entendieron, aunque mi padre sí le enseñó a mi madre (que era una niña, se casó con él a los 13 años; en mi cabeza la fantasía es que mi abuela “la vendió” a mi padre, porque mi abuela la llevó a retratarse con él y se enamoró de ella y se la “compró”) todas las técnicas de la fotografía, que después ella supo utilizar y que supongo la apuntalaron en su arte. Pensando de nuevo no creo que lo ominoso empezó por la lengua, o va junto, sino por el exilio, o como dice Arendt, la expatriación, del que mi padre era más consciente porque llegó a México de –al parecer– 8 años, esto me lo comunica mi primo Benja, pero en mi recuerdo mi padre decía que había llegado de 14 años (datos que ya no sabremos); en cambio mi madre tenía apenas 4 o 5 años, y cuentan que mi abuela en el barco de venida hacia Veracruz, un día amaneció ciega y con el pelo totalmente blanco. Mi abuelo entonces tenía que hacerse cargo de los hijos, mi tío Salvador (que sí fue un Salvador para mí), mi madre y el tío Mauricio, bebé de pañales todavía, y que el abuelo tiraba al

mar toda la ropa sucia; que al tío Mauricio lo amarraban con una soga larga, larga, del barco, para que no se cayera al mar y pudiera andar por todos lados haciendo sus fechorías, pues era muy travieso (y lo siguió siendo). Cuentan que al llegar a Veracruz un médico vio a la abuela que tendría veintitantos años, no llegaba a 30, y dijo que recuperaría la vista si le quitaban todos sus dientes, y dicho y hecho, ¡así fue, qué horror! Pudo haber sido una histeria que frente a tal castigo, recuperara la vista, pero ¡qué salvajada tan atroz! Así empezaron su vida en México y tuvieron otro hijo que nació aquí y que fue mi gran tío Rafael Corkidi a quien adoré, primero fotógrafo y después director de cine, hombre espectacular, que nos llevaba a comer taquitos con tepache en Álvaro Obregón y que era “haram”, es decir, “pecado” para mi abuela. También era pecado comer carne de cerdo y hasta ver cochinitos en la calle, era pecado. Aunque mi padre sí comía por lo menos jamón, no era tan obediente. Pero no nos lo compartía, no sé si para no compartir “el pecado” o porque era bien avaro, o bueno, esa fama se hizo con mi madre y luego con nosotras, supongo ahora el terror a la pobreza de guerra que tenía mi padre y la necesidad de cuidar el dinero del arduo trabajo cotidiano ¡con tal de no tener que comer papas!

Puedo seguir narrando mi historia, ¿testimoniando?, ¿soy testigo?, ¿sirve esto para seguir pensando? Estoy cierta en que mi historia debe ser bastante común entre las generaciones de hijos judíos de los migrantes judíos que escaparon de dicho exterminio; en realidad en mi caso soy la segunda (¿o la tercera?) generación, e irremediablemente pienso en los “efectos transgeneracionales” de los que habla Davoine en su trabajo en los hospitales psiquiátricos en Francia, en donde encuentra, junto con Gaudillière, su esposo, que se producen padecimientos con francos restos de los acontecimientos de la primera y la segunda guerras mundiales. A continuación sólo expondré un fragmento del pensamiento de Davoine en su libro “Madre Loca” (Mère Folle), donde utiliza la metáfora de conversar con una abeja, el día que va hacia el hospital y le avisan que un paciente suyo, ha muerto:

De hecho, ¿era la locura nuestra reina y nosotros sus obreras, sus caballeros errantes, analistas y pacientes? Ella, la locura de Erasmo,

que habla como mujer: “¿Quién puede conocerme mejor que yo?”, palabra de soberana, ¿pero quién conocía qué? El insecto me miraba de reojo ¿Para qué conocerse a sí mismo, debía pensar, cuando hay tantos problemas urgentes en la colectividad? ¡El psicoanálisis no es más que un individualismo exacerbado! Cuestioné ese prejuicio –¡Chismes infundados! La locura busca anudar un lazo social para salir de la hibernación de la estación muerta. Ahora bien, *el coloquio singular basta para revelar un concentrado hormigueante de sociedad*. No hay ninguna necesidad, como para ustedes, de ser millares. Nuestro trabajo sobrepasa a tal punto los límites del yo que *desnuda las fisuras sociales*: lo aprendí a costa mía, en el curso de sesiones donde se transfiere el destino que vuelve loco. El analista se encuentra a menudo en el lugar del monstruo, del tirano, de *la causa de males que se remontan a mucho antes de su nacimiento, a la guerra de 1914, de 1939, de los Cien Años*. ¿Eso te sorprende? Apuesto a que, como muchos otros, ignoras que *la locura detecta de este modo áreas sociales catastróficas*. De ayer, de hoy o de mañana, para ella es lo mismo. Porque su tiempo se altera y se detiene, a veces incluso se invierte (Davoine, 2001:14) (cursivas mías).

Excelente e ilustrativo ejemplo de que el adentro y el afuera circulan como la “Banda de Moebius”, al decir de Lacan, y al decir de Freud de que la psicología individual es al mismo tiempo psicología social (1921).

Es necesario hacer consciente este tema cuando uno trabaja no sólo consigo mismo sino con y para los otros, en tanto que al no ser testigo presencial de los terribles acontecimientos, más bien son sucesos que permanecen en lo inconsciente y que surgen en situaciones de resignificación; vuelvo a acudir al gran concepto del *après coup* de Freud, retroactividad, *a posteriori*. En un trabajo anterior lo desarrollé aplicándolo al movimiento social³ que se dio con los 43 desaparecidos de Ayotzinapa; ahí propuse pensar si había una reacción retroactiva en cuanto a la suma de traumas sociales que habíamos sufrido como sociedad, pero ante los cuales no se había dado una respuesta

³ Me refiero a “Momento social traumático”, será publicado en el *Anuario* del DEC. En este escrito trabajo teóricamente el tema de la memoria singular y colectiva y también los conceptos de Freud de retroactividad y renegación, por lo que acá, para no repetirme, lo evité.

como la que se levantó frente a dicha atrocidad. En el caso de lo transgeneracional, estaría pensando en una respuesta frente a lo no dicho o incluso reprimido de los padres y abuelos, como consecuencia de aquellos terribles sucesos. En mi caso yo me pregunto: ¿cómo quedan esos restos tanto en lo consciente como en el inconsciente, de algo tan lejano y tan cercano, de esos acontecimientos inauditos, indescriptibles, imborrables, inescribibles? No sólo son vividos como “historias que me han contado” sobre todo mi padre y mi abuela, más los libros leídos y las terroríficas películas, sino también las amenazas directas de esas frases dichas por mis padres, abuelos, tíos, primos: “hay que cuidarse”, “todo puede volver a pasar”, “no importa dónde hayas nacido y no importa que seas ateo, si naciste de madre judía siempre serás judía y es pecado negarlo, como también es inútil, te harán recordarlo, no traiciones tu origen”, “si eres judío ¡siempre serás perseguido!”. Esto lo escuchamos desde niñas (mi hermana y yo), lo que se veía reforzado por las preguntas de la gente en las calles, en los cines, en las filas “¿tú de dónde eres? Soy mexicana. Ay sí”, apuntalado también por los apellidos... caminamos siempre con la condición de extranjería irremediable y el temor al rechazo frente a lo diferente. Me toca de cerca lo que plantea Hannah Arendt:

[mis padres escaparon en directo, pero no emocionalmente, a] Dos guerras mundiales en una sola generación, separadas por una ininterrumpida serie de guerras locales y de revoluciones y la carencia de un tratado de paz para los vencidos y de un respiro para el vencedor [...] Bajo las más diversas condiciones y en las más diferentes circunstancias, contemplamos el desarrollo del mismo fenómeno: *expatriación* en una escala sin precedentes y *desarraigo* en una profundidad asimismo sin precedentes (2002:11).

Subrayo *expatriación* y *desarraigo*, significantes muy fuertes que habitaron sin lugar a dudas a mis padres y pienso que a nosotras también. La autora puntúa que sin negar lo afrentoso de la situación, el *shock* de la experiencia y de la realidad, ella trata de “comprender” algo incomprensible para los fines humanos:

La comprensión, en suma, significa un atento e impremeditado enfrentamiento a la realidad, un soportamiento de ésta, sea lo que fuere. En este sentido debe ser posible abordar y comprender el hecho atroz de un fenómeno tan pequeño (y en la política mundial tan carente de importancia) como el de la cuestión judía y el antisemitismo llegara a convertirse en el agente catalítico del movimiento nazi en primer lugar, de una guerra mundial poco más tarde y, finalmente, de las fábricas de la muerte [...] Y si es verdad que en las fases finales del totalitarismo éste aparece como un mal absoluto (absoluto porque ya no puede ser deducido de motivos humanamente comprensibles), también es cierto que sin el totalitarismo podíamos no haber conocido nunca la naturaleza verdaderamente radical del mal [...] El antisemitismo (no simplemente el odio a los judíos), el imperialismo (no simplemente la conquista) y el totalitarismo (no simplemente la dictadura), uno tras otro, uno más brutalmente que otro, han demostrado que la dignidad humana precisa de una nueva salvaguardia que sólo puede ser hallada en un nuevo principio político, en una nueva ley en la Tierra, cuya validez debe alcanzar esta vez a toda la humanidad y cuyo poder deberá estar estrictamente limitado, enraizado y controlado por entidades territoriales nuevamente definidas (Arendt, 2002:13).

Pienso que esta propuesta de la autora, sigue plenamente vigente.

Ya entrando en la adolescencia, mis padres se asustaron, sobre todo mi madre (mi padre era muy prescindente, yo creo ahora un tanto autista) y mi abuela lo enunciaban: “nunca debes tener un novio “goy” (así lo escuchaba yo), que significaba “no ser judío”, porque aunque te diga que te quiere y te adora, un día te va a atacar y traicionar por ser judía; lo cual era muy difícil de remontar, pues las amistades de mi madre (mi padre no tenía amigos) eran la mayoría, no judías, sobre todo las más cercanas. Nosotras no estudiamos en escuelas judías, no pertenecíamos a la “comunidad judía”, no hablábamos hebreo, ni yiddish, ni polaco, ni árabe, sólo español y como había previamente anotado también mis padres, cuando hablaban, era en español. Nuestras escuelas, la primaria una escolita privada laica de clase media, media-baja (donde no recuerdo ninguna amiguita o amiguito judío); la secundaria era pública donde discriminaron a mi hermana, entonces la preparatoria fue privada (Universidad Femenina

de México); es decir todas nuestras amistades eran no-judías. Nuestro “ser judío” se limitaba al ambiente familiar, en parte la comida; mi abuela nos enseñó a rezar, eso sí en hebreo, sin saber qué significaba, la familia de mi padre resultaba muy ajena pues entre ellos sí hablaban yiddish, donde sólo entrando a sus casas nos sentíamos ajenas y excluidas, es decir también extranjeras, la comida era “rara” (cosa que después aprendí también a cocinar ¡y ahora me encanta!) pues en mi casa dominaba la comida árabe de mi abuela, pero también la comida mexicana que hacían las señoras que ayudaban a mi madre, y que supieron ellas sí, enseñarnos canciones no sé si era en zapoteco o en náhuatl, todavía tengo una en la cabeza: “Yo tenébole se guazoyo ticu yagua yeye guagua, cuyatán, cuya bam bam; pura bamba ye ye güé, pura bamba ye ye güé, como las de puché, como las de puché” (pido disculpas porque desde luego no estoy segura si las palabras son textuales). Este sí que es un enredo de identidades casi escandaloso. No sé si lo que voy a decir es un chiste o es en serio, quizá todo esto hizo que yo justamente en primero de secundaria, reprobara historia y geografía. Sin embargo ahora repensándolo me parece que enriqueció ampliamente nuestras vidas. Sí nos amenazaban, pero no que fuera un tema realmente “conversado”, lo del exterminio, tengo un vago recuerdo (del que ni siquiera estoy segura) de que una hermana de mi abuela había estado en un campo de concentración y había muerto y su nombre era Raquel, mismo nombre que le pusieron a mi hermana... La mayor amenaza es que todo eso horrible que sucedió, “puede volver a suceder”, tanto es así que mi cuñado decía, si alguna vez gobierna el PAN, nos vamos del país, considerándolo en ese entonces como un Partido fascista (¿sólo en ese entonces?). El edificio pequeño en que vivíamos en la colonia Roma (en la calle de Morelia y Álvaro Obregón) de seis departamentos, lo ocupaban personas de nacionalidad mexicana y de religión católica, así como todas nuestras amiguitas de la escuela, que por cierto, cuando los exámenes estaban cercanos, nos insistían que las acompañáramos a la iglesia a “confesarnos”, les decíamos que nosotros los judíos no hacíamos eso, pero insistían y en una ocasión fui con Lupita, Aracely y Angélica, a la “Iglesia del Rosario” que está en lo que antes se llamaba Calzada de la Piedad (ahora avenida Cuauhtémoc). Es un fuerte recuerdo, el sacerdote

me preguntó muy amablemente, ¿qué quieres hijita? Pues dicen mis amigas que me confiese para que nos vaya bien en las pruebas, y su respuesta, amable y prudente, fue “no mi hijita, tú no eres de esta religión, no puedes hacerlo”... Me parece que no sólo no me ofendió, sino que me sentí salvada. Porque iba yo a cometer un gran pecado. Tendría como seis o siete años... Otro recuerdo suelto que quizás es un “recuerdo encubridor”⁴ (a decir de Freud) porque de vez en cuando me aparece en la cabeza, es que caminábamos por las calles de Cuautla (lugar de vivienda de mis abuelos por algún tiempo y de mi prima Raquelito y sus padres) y un periodiquero sermoneaba con fuertes alaridos “CAYÓ BERLÍN”, y lo tengo asociado a mi cumpleaños que es en septiembre y se hizo gran jolgorio, yo no entendía mucho, sólo sabía que esos, los de Berlín, eran monstruosos; me aterraba escuchar canciones o conversaciones en alemán, era casi una fobia al idioma (aunque ahora pienso que tiene muchas similitudes con el yidish... ¿lo siniestro? El “unheimlich” de Freud?), era verdadera angustia, lo relacionaba directamente con los discursos escuchados de Hitler y sus marchas y canciones pero ¿dónde? No recuerdo, es probable ¿que en el cine? O ¿también en la radio? Todavía no había televisión, pero frecuentemente mi hermana y yo íbamos al cine México y al cine Morelia solas, y a veces al cine Balmori, cines muy cercanos a nuestra casa de la calle Morelia y evidentemente eran muy otros tiempos, las niñas recorríamos solas las calles de México sin tanto horror al asalto y la violación; incluso pertenecíamos a la pandilla del barrio y todas las tardes jugábamos con ellos en las calles, me acuerdo bien de Manolo, porque era mi vecino. Yo le decía ya de adulta a mi analista Gilou Royer de García Reynoso (a quien le tengo un profundo agradecimiento) que habíamos sido niñas abandonadas pues mis padres trabajaban todo el día, en esta ocasión ella me cambió el signo y me dijo tal vez por

⁴ Se trata de recuerdos que se presentan en la conciencia sin aparente motivo, pero de forma clara y en repetidas ocasiones, sin que parezcan de mucha importancia. Freud plantea que posiblemente remiten a otros recuerdos reprimidos de la infancia de mayor trascendencia, que pueden aludir a deseos reprimidos y/o a fantasmas del sujeto. Se puede ver “Psicopatología de la vida cotidiana” (1901) y “Recordar, repetir, elaborar”, de Freud.

lo contrario, eso las fortaleció, y sí es muy probable. Ahora tenemos otras amenazas; posiblemente este escrito también tenga que ver con resignificación de traumas pasados, ante la violencia masiva actual, francamente traumática. El caso es que crecí con una doble, triple o múltiple identidad... un recuerdo que ahora me gusta pero que me causó cierta “vergüenza” en aquel entonces, fue que un día llegando a Ciudad Universitaria, donde estudiaba psicología (todavía en la Facultad de Filosofía y Letras), uno de mis maestros, nada menos que el psicoanalista Santiago Ramírez, al verme me dijo con sorpresa “¡Ah, hoy traes tus dos identidades!”. Y es que iba peinada con mis dos trenzas largas y abundantes y vestida con una blusa bordada en Israel que me había regalado una prima. Quién me iba a decir que mi primer novio resultó alemán (gran músico ahora, Mario Stern), sí, pero judío, intentaba convencerme, a mis 16 años, que el idioma alemán podía ser dulcísimo y me leía en voz alta poesías de Goethe, además de que él sabía cómo me fascinaba Bach, Beethoven y Brahms, ¡todos alemanes! La oda a la alegría de la novena, ¡pues claro! estaba en alemán y para colmo al entrar a psicología me enfrento a las palabras en alemán del gran Freud. Obviamente tuve que darme cuenta que el odiado y temido nazi-fascismo no era todo Alemania, casi tuve que reconocer que ser anti-alemán, podría equivaler a ser anti-judío o anti cualquier otra cosa; fue para mí un gran evento la propuesta del “nacionalismo contra las naciones” y ser ciudadana del mundo me gustaba mucho; marxismo y psicoanálisis empezaron a ser mi salvación. Me parece muy importante el trabajo profundo que realiza Hannah Arendt sobre el antisemitismo, me queda como pendiente a futuro seguirlo estudiando, sin embargo acoto que subraya:

En ningún lugar y en época alguna, tras la destrucción del Templo poseyeron los judíos su propio territorio y su propio Estado, para su existencia física siempre dependieron de las autoridades no judías, aunque a los judíos de Francia y también de Alemania, durante el siglo XIII se les otorgó algunos medios de autoprotección y el derecho a llevar armas. Esto no significa que los judíos siempre estuvieran privados de poder, pero es cierto que en cualquier conflicto, no importa cuáles fueran sus razones, los judíos no sólo eran vulnerables, sino que estaban desvalidos y, por tanto, resultaba

natural, especialmente en los siglos de completo extrañamiento, que precedieron a su elevación a la igualdad política, que sintieran como simples repeticiones todos los estallidos de violencia (2002:18).

Este no lugar, no territorio, no Estado de los judíos, era algo que también empezamos a oír como algo “muy grave”; mis primos del lado Radosh, empezaron a ir a una agrupación judía que llamaban “Shomer” y nos invitaban justamente hablando de que los judíos no teníamos un lugar propio y que había que fundar el Estado de Israel; donde habría sólo judíos y nunca más nos sentiríamos extranjeras en nuestro propio país. Yo esto lo escuchaba con temor, pero también con atracción; tendría yo unos 8, o 9 años y mis padres no nos guiaron hacia allá. Sí se fueron dos primos, Bertha y Jaime, que eran los más simpáticos, pero eso implicaba separarse de los padres. Durante un tiempo tuvimos noticias de ellos, parecían estar felices y armando los famosos “kibutz” que entiendo eran comunidades de trabajo de campo y convivencia y seguramente mucho más, pero también escuchábamos las guerras terribles que empezaron a tener israelíes y árabes y entramos en gran confusión ¿también había que cuidarse de los árabes?, ¿pero si una parte nuestra era árabe?, ¡ah! pero árabe-judía, ¡cuidado con los libaneses!, nos decían y en verdad nos parecía todo difícil, lleno de peligros, cuidado con los no judíos, cuidado con los católicos, cuidado enamorarte de uno de ellos; ¡no entres a la Iglesia! ¡Y si entras no te hincues! ¡No vayas al club libanés, es muy peligroso! Usssh, pues creo que sí crecimos con muchos miedos, prohibiciones, angustia de muerte y tal parece que quizás nos habría ayudado estar más cerca de los judíos (escuelas, amistades, etcétera) porque aunque yo lo veía como “guetos”, las identificaciones fueron más difíciles y no nos “dejaban” (la gente) sentirnos “muy mexicanas”. Esto último hasta la fecha... ¡Ah! usted no es mexicana ¿verdad?, ¿y sus apellidos, de dónde son? Arendt sin embargo nos dice que ha habido como una “ilusión óptica” en cuanto a que en la historia se ha subrayado enfáticamente la disociación cristiana de los judíos y se ha minimizado o negado la inversa, es decir, la disociación judía del mundo gentil, específicamente del cristiano, siendo que esta separación voluntaria les permitía sobrevivir como pueblo, como entidad identificable (Arendt,

2002:19). Este me parece todo un tema para ser reflexionado, quiero decir para continuarlo, pues sí que es tema de múltiples autores, la extranjería, la diversidad, las diferencias; cómo incluirlas sin “perder la identidad”, la identidad no de una persona, que bien sabemos que es imaginaria, sino de todo un pueblo; están por ejemplo los indígenas, luchando por su identidad, su lengua, sus costumbres... Tema que por ahora no tomaré, tengo un alumno, Guillermo Vadillo, al que asesoro (Aparicio mi analista me dice ¿haces oro?), licenciado en psicología, con maestría y terminando el doctorado, que realiza su tesis en parte abordando este tema en Santa María Yaviche, en Oaxaca, y en sus entrevistas, nos percatamos en la insistencia del significante “identidad” y la necesidad de reconocimiento de su lengua como parte crucial de la misma, sin embargo también se aprecia el tema de la vergüenza frente a dicha lengua, propuesto como algo a superar. Me brinca esa vergüenza, ¿por qué tendría que avergonzarse de que los otros escuchen que habla otra lengua, que no el español? A nivel consciente debería estar orgulloso de hablar otros idiomas además del español; sin embargo siento cierta identificación con mi propia problemática recorrida.⁵

“En un campo (de concentración) una de las razones que pueden impulsar a un deportado a sobrevivir es convertirse en un testigo” (Agamben, 2005:13).

Esta narración, me pregunto, es ¿un testimonio? No pretendo comparar el horror del exterminio, al sufrimiento inaudito que describen, entre otros, Primo Levi y Agamben en su análisis; pienso que se trata de trabajar las experiencias límite en sus efectos singulares y colectivos; mis recuerdos y mis olvidos aluden a un caso singular; quizás se podría investigar las experiencias de muchos otros judíos hijos de migrantes huyendo de los horrores que se avecinaban de la primera y segunda

⁵ ¿También la “identidad” de un pueblo es imaginaria? Sí, quizás sí, no por ello menos necesaria, pero incluyendo las dimensiones de lo simbólico y lo real. Esto es tema que estoy investigando posiblemente a corto plazo, tratando de distinguir si es abordable desde la concepción de “imaginario social” castoridiano, desde el ternario de Lacan, excluyendo uno u otro, o bien tomando ambas perspectivas.

guerras mundiales. Este escrito no es más que un pequeño inicio, de un intento de elaboración de traumas guardados en la memoria singular y colectiva. Quizá también siento una suerte de “responsabilidad” frente a mí misma, pero frente a los otros y frente a *mis otros* al haberme demorado tanto en abordar este tema directamente. Agamben habla de la responsabilidad:

El descubrimiento inaudito que Levi realizó en Auschwitz se refiere a una materia que resulta refractaria a cualquier intento de determinar la responsabilidad; ha conseguido aislar algo que es como un nuevo elemento ético. Levi lo denomina la “zona gris”. En ella se rompe “la larga cadena que une al verdugo y a la víctima”; donde el oprimido se hace opresor, y el verdugo aparece, a su vez, como víctima. Una gris e incesante alquimia en la que el bien y el mal y, junto a ellos, todos los metales de la ética tradicional alcanzan su punto de fusión (Agamben, 2005:20).

Levi se refiere al *Sonderkommando*, un eufemismo para nombrar la Escuadra especial, terrorífica invención de las SS agrupa-miento de los deportados mismos que tenían que hacerse cargo de llevar a los prisioneros desnudos (sus propios compañeros) a las cámaras de gas... (mejor continúo con las palabras de Agamben):

[...] y mantener el orden entre ellos; sacar después los cadáveres con sus manchas rosas y verdes por efecto del ácido cianhídrico, y lavarlos con chorros de agua; comprobar que no hubiera objetos preciosos escondidos en los orificios corporales; arrancar los dientes de oro de las mandíbulas; cortar el pelo de las mujeres y lavarlo con cloruro de amoníaco; transportar los cadáveres a los crematorios y asegurarse de su combustión y, por último, limpiar los hornos de los restos de ceniza.

Tengo un vago recuerdo de haber visto alguna de las películas del exterminio siendo muy jovencita, donde aparecen los hombres obligados a formar esta “Escuadra especial” y quizá era cómodo, rápido y fácil decir, “¡yo hubiera preferido que me mataran a realizar tal cosa!”. No estábamos ahí, quién sabe de qué hubiésemos sido capaces; escuchemos a Levi:

Sobre estas escuadras ya circulaban historias vagas y parciales entre los que estábamos prisioneros, y fueron confirmadas más tarde por las otras fuentes antes mencionadas, pero el horror intrínseco de esta situación humana ha impuesto a todos los testigos una especie de reserva, por lo cual aún ahora es difícil hacerse una idea de lo que significaba estar obligado a realizar durante meses tal oficio [...] Uno de ellos declaró: “En este trabajo, o uno enloquece durante el primer día o se acostumbra”. Y otro: “es verdad que hubiera podido matarme o dejarme matar, pero quería sobrevivir, para vengarme y dar testimonio de todo aquello. No creáis que somos monstruos, somos como todos vosotros, aunque mucho más desdichados” [...] De hombres que han conocido esta privación extrema no podemos esperar una declaración en el sentido jurídico del término sino otro tipo de cosa, que está entre el lamento, la blasfemia, la expiación y el intento de justificación, de recuperación de sí mismos [...] *Haber concebido y organizado las Escuadras ha sido el delito más demoníaco del nacionalsocialismo* (Levi, 2:46; en Agamben 2005:24 (cursivas mías).

En un sentido simétricamente opuesto al más allá del bien y del mal de Nietzsche, piensa Agamben que Levi habla de un más acá de ellos, donde no es el superhombre el que más nos interesa sino precisamente el infrahombre:

Esta infame región de irresponsabilidad es nuestro primer círculo, del que ninguna confesión de responsabilidad conseguirá arrancarnos y en el que, minuto a minuto, se desgrana la lección de la “espantosa, indecible e inimaginable banalidad del mal” (Arendt, 2002:259) (Agamben, 2005:20).

Aquí empiezo a quedarme sin palabras... Porque tendría que hablar del “musulmán” (“los que estaban muriendo de desnutrición” (Agamben, 2005:43), algo que se va poniendo cada vez peor, más abajo, más oscuro, más siniestro, aún más indecible, porque como dice Marina Lieberman: “Es tan difícil, casi imposible al parecer, hablar de este tema, tal vez porque es casi imposible hacerlo metáfora, o sea, encontrar significantes para decirlo, porque la contundencia de lo real es apabullante” (Lieberman, 2011:31). La descripción de Primo Levi, bueno un fragmento de una de ellas:

Todos los musulmanes que van al gas tienen la misma historia o, mejor dicho, no tienen historia; han seguido por la pendiente hasta el fondo, naturalmente, como los arroyos que van a dar a la mar. Una vez en el campo, debido a su esencial incapacidad, o por desgracia, o por culpa de cualquier incidente trivial, se han visto arrollados antes de haber podido adaptarse; han sido vencidos antes de empezar, no se ponen a aprender alemán ni a discernir nada en el infernal enredo de leyes y de prohibiciones, sino cuando su cuerpo es ya una ruina, y nada puede salvarlos o de la selección o de la muerte por agotamiento. Su vida es breve pero su número es desmesurado; son ellos los “Muselmannër”, los hundidos, el nervio del campo; ellos, la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, no hombres que marchan y penan en silencio, apagado en ellos el brillo divino, demasiado vacíos ya para sufrir verdaderamente. Se duda en llamar muerte a su muerte, frente a la cual no albergan temor porque están demasiado cansados para comprenderla. Pueblan mi memoria con su presencia sin rostro, *y si pudiera encerrar todo el mal de nuestro tiempo en una imagen, escogería esta imagen que me resulta familiar; un hombre demacrado, con la cabeza inclinada y la espalda encorvada, en cuyos ojos no se puede leer ni rastro de pensamiento* (Levi, 3:96; Agamben, 2005:44) (cursivas mías).

La descripción de estos hombres-no-hombres, también de otros autores, resulta insoportable, y asombra el decir de Agamben sobre las experiencias límite y los estados de excepción, tomado como ejemplo los *Muselmannen* y los miembros del *Sonderkommando* que anteriormente mencionamos; veamos:

Es precisamente esta increíble tendencia de la situación límite a convertirse en hábito lo que todos los testigos, hasta los sumidos en las condiciones más extremas (los miembros del *Sonderkommando* por ejemplo) certifican unánimemente (“Si se hace este trabajo, uno se vuelve loco el primer día o se acostumbra”). Los nazis habían comprendido tan bien este poder secreto propio de toda situación extrema, que no revocaron nunca el estado de excepción que habían declarado en febrero de 1933, al día siguiente de tomar el poder, de forma tal que el Tercer Reich ha podido ser definido, a justo título, como “una noche de San Bartolomé que duró 12 años” (Agamben, 2005:50).

Este es un poderoso llamado de alerta, no sólo sucedió “allá y entonces”, está sucediendo ahora, ahora mismo; se habla con cierta soltura del “neo-nazismo”, se dice que nuestro gobierno está siendo fascista. Hace algunos meses se vio en YouTube un video donde algunas alumnas organizaron una danza en homenaje a Hitler con la suástica de fondo, en una Universidad de Provincia; me impactó enormemente, pensaba hacer un reportaje, protestar, gritar que eso no podía ser así de frívolo y fácil –no sabía cómo poner las palabras más precisas que indicaran la falta de ética, la irresponsabilidad política que eso implicaba, si “todo se puede” (como en el tango “cambalache”) si se trata sólo de “libertad de expresión”–,⁶ y no pude hacerlo, no lo hice, ¿por temor?, ¿por acostumbramiento al mal que nos está rodeando; cabezas cortadas, asesinatos diarios, Ayotzinapa sin solución, fosas de cadáveres múltiples, y la larga lista de masacres no resueltas?, ¿por esta tendencia de las situaciones límite a convertirse en hábito, que señala Agamben?, ¿porque somos parte de ello?, ¿porque no podemos metaforizar lo real, no encontramos los significantes para hablarlo, como dice Marina Lieberman?, ¿por todo eso y más? Oigamos sus palabras:

Por eso es tan difícil escribirlo. Porque nos enfrentamos a algo horrible de lo que formamos parte, a algo horrible que forma parte de nuestra intimidad. Algo en lo que lo real irrumpe en carne y hueso y cuesta muchísimo abordarlo a partir de metáforas, que es la única manera humana de abordar lo horrible (y lo bonito y todo lo demás, por cierto). Hacerlo metáfora de nosotros mismos. Eso es lo insoportable. Que eso que se nos aparece enfrente sea metáfora de un “resto inhumano” que hemos producido como humanos (2011:139-140).

⁶ Véase la obra de teatro *El cuerpo de U*, dirigida por Bernardo Gamboa y basada en un libro de Neier, con casos reales donde el público debe votar si algo es justo o no (información que le agradezco a Micaela Gramajo, una de las excelentes actrices de la obra). “Defendiendo a mi enemigo”; “uno de los dilemas que plantean es del discurso de un sujeto neonazi; se trata de defender la libre expresión de él, o la otra alternativa es hacer excepciones en algunas situaciones como donde se incita al odio y la violencia”, el día que asistí a la obra el público votó por el sujeto nazi y quedé anonadada y enojada, no lo comento más porque el tiempo no me dio para leerlo, pero me sugiere la “banalidad del mal” justificado por el “derecho” a la “libertad de expresión”, severo problema de la ética actual.

Más que terminar este escrito, lo interrumpo aquí, en tanto abre una serie de ideas que requieren seguir siendo reflexionadas, pero espero sirva como un punto de partida en estas complejas experiencias de vida, singular y colectiva.

Bibliografía

- Agamben, G. (2005). *Lo que queda de Auzchwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. España: Pre-Textos.
- Arendt, H. (2002). *Los orígenes del totalitarismo. 1. El Antisemitismo*. España: Alianza Editorial.
- Davoine, F. (2001). *Madre loca*. México: Círculo Psicoanalítico Mexicano.
- Freud, S. (1901). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- (1915). *Recordar, repetir, elaborar*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Guattari, F. (1976). “Micro-política del deseo”, en *Locura y sociedad segregativa*, edición a cargo de Armando Verdiglione. España: Anagrama.
- Kertez, I. (2002). *Yo, otro. Crónica del cambio*. Barcelona: Acantilado.
- Lacan, J. (1980). *La agresividad en psicoanálisis. Escritos 2*. México: Siglo XXI Editores.
- Lieberman, M. (2011). “Lo que no se escribe”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 35. México: UAM-Xochimilco.
- Radosh, S. (2016). “Momento social traumático. Caso Ayotzinapa”, *Anuario de investigación*. México: UAM-Xochimilco.
- (2014). “La justicia ¿un sueño?”, en Radosh y Flores (coords.), *La reconstrucción de vínculos en el ámbito universitario*. México: UAM-Xochimilco.